

No le basta demostrar su cultura cuando viene a cuento, sino que la exhibe oportuna o inoportunamente; no le basta citar una autoridad en la materia, sino que enumera una larga serie de ellas. Ese desbordamiento barroco le lleva a utilizar con extraordinaria frecuencia las comparaciones hiperbólicas y las series de sinónimos. Sólo un ejemplo, que se podría multiplicar fácilmente:

«Centenares de voces humanas que aúllan, berrean, que vomitan todo el repertorio de la chacota sangrienta y el insulto baboso; un concierto que haría salir la vergüenza a los hocicos de los rinocerontes e hipopótamos» (*España, nervio a nervio*, pág. 49).

Ello le lleva a usar frecuentes vulgarismos: «espichar si es preciso» (pág. 29), «allí no duerme ni Dios» (pág. 50), etc.

Al igual que hicieran Azorín o Unamuno, pero como siempre en una proporción numérica mucho mayor, Noel busca también el espíritu ibérico en las palabras dialectales y en los arcaísmos que atesora el habla campesina. El habitante de la ciudad ha empobrecido notablemente su idioma, al mismo tiempo que ese espíritu puro y original de «la raza» que busca:

«Compadecidos los arrieros de mi ignorancia, se disputan el decirme cómo se llaman las cosas que voy viendo por el camino. Estos hombres de las poblaciones grandes son asunto perdido. Para ellos toda clase de aves son pájaros y en paz; y trasudan pez si han de distinguir una carrasca de un chopo. Aquéllas son becacinas, ¿no me olvidaré...?, y las que salen de aquella maraña y aliagas se nombran cercetas. Los arrieros, encantados, me ilustran de firme» (págs. 15-16).

Por eso abundan tanto los arcaísmos y dialectalismos. Citemos, a modo de ejemplo y para no aburrir a los lectores con largas enumeraciones, solamente los que aparecen en las cuatro primeras páginas del libro: «mengue, gazuza, somardón, mercó, catite, zahones, rahez, copete, repulgos, pendingue, grímpola, burdégano, rozno, froga, cibento, naja, estrinque, bolonio, galiano, carajote (plato de comida), lanchada, repinte», etcétera.

En este sentido, el libro de viajes de Eugenio Noel es, en cierta medida, antecedente de los de Cela, ya que también él le da un cierto tono novelesco, no ya sólo al presentar sus andanzas por los pueblos de España, sino también al incorporar al texto, muchas veces en estilo indirecto, frases que pronuncian gentes del campo:

«¿Qué hacen esos berzotas, capidiables, la mayor parte del año si no es comadrear en las tascas, jarreando tintillo, allegando a hurtadillas el zoquete o el hornazo...? Amigos tiene él en aquellos secanos, por lo de «bueno es tener amigos en el infierno»; pero él con el cobijo y con sus reses, y ellos con sus golosinas, potes y telas rizas» (pág. 37).

Esa viveza y colorido del vocabulario, ese ritmo vivaz de la prosa, ese uso expresivo de los diminutivos y despectivos, es un valor que debe ponerse de relieve en toda la obra de Eugenio Noel, pero especialmente en *España, nervio a nervio*.

«Copio sus palabras admirables», dice de los pastores. Y es en estos capítulos del libro que se sitúan en las zonas más rurales, donde quizá Noel se funde más a gusto con un grupo social, de quien se critican a veces las rudas formas, pero a quien se admira por haber sabido mantener una identidad primigenia. Y aunque los relatos narrados sean, en ocasiones, ejemplo de la barbarie de nuestras costumbres («Zurra

con unos carboneros de Ruidera», «Espanto en la feria del Henar»), Noel transmite en ellos una cierta admiración por el recio temple de sus protagonistas.

En cambio, su actitud es más crítica cuando se enfrenta con la mesocracia de los pequeños pueblos, que él ejemplifica con los frecuentadores de los casinos o los que organizan veladas musicales por puro exhibicionismo social. En «Casinarias: El Casino de las Palmeras» los libros se exhiben en las estanterías de la sociedad, perfectamente alineadas, sin que nadie los consulte, mientras las mesas de juego están llenas.

Esos casinos, que Noel retrata en *España, nervio a nervio*, serían una escuela de frivolidad. En este sentido habría que unirlos a los toros o a la chulapería que nuestro autor combatió en una ardorosa campaña que contó incluso con el apoyo de Unamuno ¹³.

Eugenio Noel, al igual que los autores del 98, tenía la esperanza de que con la palabra escrita se pueda llegar a una rápida reforma de las costumbres, sin atacar a la vez otras cuestiones sociales y políticas más profundas. Pensaba que la cultura, al difundirse como en una especie de apostolado (Unamuno le llama a Noel «noble visionario» y más adelante vuelve a repetir que «parece un visionario medieval, un profeta»), lograría el cambio de la sociedad. Eugenio G. de Nora se refiere con acierto a «su casi maniática obsesión de remediar “el mal” de España” con la panacea de la cultura (tomando las consecuencias más visibles y superficiales de nuestros vicios —matonismo, flamenquismo y taurofilia— por origen y raíz de los mismos» ¹⁴.

Pero esa España primitiva y fuerte atrae extraordinariamente a Noel y junto a su repulsión por el flamenquismo, los modales bastos y la tauromaquia existe a la vez una profunda atracción por los pueblos en que esos fenómenos se muestran de modo más visible y por los núcleos rurales donde tales aficiones son más visibles.

Particular ejemplo de esto último es su actitud ante el mundo de los toros. No hace falta insistir en ello porque quizá sea el aspecto de Noel más conocido del gran público: su presencia en las plazas de toros era sentida como un desafío, sus conferencias en los pueblos andaluces acababan con la protección de la guardia civil. Pero a la vez que esa repulsión se manifiesta de modo tan visible, Eugenio Noel siente una fascinación intensa ante el toro, como animal que se agiganta míticamente, de un modo no muy lejano a como lo ensalzaban los partidarios de la «fiesta», sus grandes enemigos. Ejemplo bien claro de esto es el capítulo «Taurobolios: los toros de la moneda de Orippe», que es un canto a la estampa del toro: «Solo ahora en la dehesa, es su estampa de una espléndida impasibilidad, de una armonía adorable. Nada quiere, nada desea, se basta a sí mismo. Su razón de ser, ¿no es la libertad? Todo lo tiene siendo libre (...). Su vigor es su orgullo. Ama la luz porque la lleva en las venas. ¿Qué cosa es su sangre sino aquellas luces purpúreas de los atardeceres y de las auroras? El sol que le calienta parece menos ardiente que él» (págs. 69-70). Los adjetivos

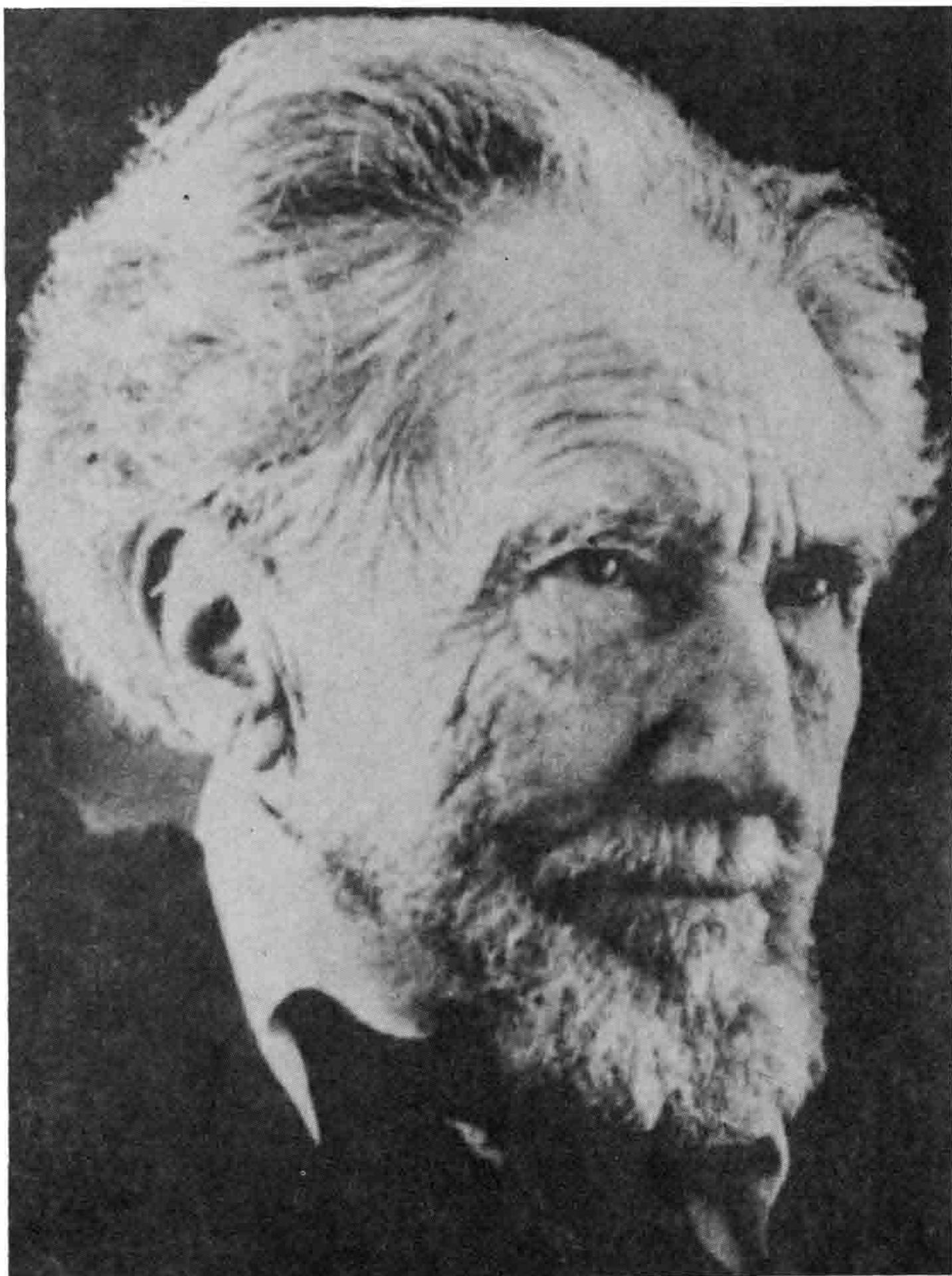
¹³ «Y este ardoroso Noel, convencido —como también lo estoy yo— de que uno de los mayores males de España —él cree que el mayor— es la afición a los toros y a la flamenquería con toda su secuela de superficialidad y ramplonería, ha emprendido, en medio de la indiferencia, cuando no de la compasiva burla pública, una campaña contra ella. Primero, en la prensa, donde yo le he ayudado algo —aunque poco—, y después dando conferencias.» MIGUEL DE UNAMUNO: *Obras Completas*. Ed. Escelicer, Madrid, 1968, t. III, pág. 1135.

¹⁴ EUGENIO G. DE NORA: *La novela española contemporánea*. Madrid, Gredos, 1963, 2.ª ed., t. I., pág. 286.

embellecedores, las comparaciones hiperbólicas se suceden a lo largo de estas páginas, buena muestra del sentir de Eugenio Noel. El episodio que culmina el texto —el toro que se enfrenta «con una fe en sí mismo inconcebible» a la máquina del tren— no desmerece de las páginas que al valor del toro en la lucha han dedicado escritores que han elogiado la bravura de la lidia.

Eugenio Noel se nos muestra así como un escritor profundamente vital, apasionado, barroco a veces, contradictorio muchas. Pero alguna de sus novelas, como *Las siete cucas*, o como el libro de viajes de que nos hemos ocupado, muestran a un escritor de raza, como diría él, que a pesar de la dura vida que llevó y de tener que escribir sus páginas a salto de mata, ha creado un estilo propio y un mundo muy personal.

JOSÉ SÁNCHEZ REBOREDO
Montero Ríos, 48, 6.º izda.
SANTIAGO DE COMPOSTELA



Ezra Pound a los ochenta y cinco años de edad